

descripción del mobiliario de una casa campesina con pretensiones, en *La Madre Naturaleza*:

«Llenitos como un huevo, nada faltaba en ellos: ni los cómodos armarios recién pintados, ni las útiles perchas, ni las sillas y sofá de yute, ni el espejo grande en la salita, ni las fotografías harto ridículas, en sus marcos dorados, ni cromos de frailes y majas, ni muñequitos de porcelana tocando el violín», etc.

O esta otra, en la misma línea, de *Insolación*, muy extensa, de la que sólo ofrezco algún fragmento: «La sala estaba amueblada con esas pretensiones artísticas que hoy ostenta todo bicho viviente, sepa o no sepa lo que es arte, y con ese aspecto de prendería que resulta de aglomerar el mayor número posible de cosas inconexas, sitioles, butacas bajas y coquetonas, mesillas forradas de felpa imitando un corazón o una hoja de trébol, columnas que sostienen quinqués, divancicos cambiados donde la gente pueda gozar del placer de darse la espalda y coger un tortícolis, alguna dráccena en jardinera de cine, un perro de porcelana», etc.

10. También la Pardo Bazán, superada la etapa naturalista, y en una obra como *La Quimera*, plenamente encuadrable dentro del modernismo, presenta ya descripciones más bellas que verdaderas. Véase, por ejemplo, ésta, procedente de la citada novela: «Delante de la meridiana, una mesita inglesa, de bronce y laca, sostenía refrescos y helados, y otra diminuta mesa, toda de porcelana de Satsuma, los chismes de fumar y un cacharro persa atascado de gardenias y jazmines. En el centro de la rotonda, que rodeaba una serie de columnas con capiteles de piedras raras, ágatas y jaspes traídos de Italia, sobre amplia concha de cristal nacarado, pieza rara de Salviati, una gorgona dejaba escapar de sus fauces, incesantemente, un surtidor de agua helada, y en los ángulos de la habitación, no muy grande, pulverizadores automáticos y ventiladores eléctricos sostenían temperatura deliciosas».

*La Quimera*—a la que más adelante volveré a aludir—es una novela artística, próxima en su empeño de belleza—afeetada—a las primeras creaciones de Miró.

La misma diferencia—verdad y belleza—existente entre los dos tipos de descripción que acabo de presentar—el naturalista y el modernista—podría aplicarse al gesto y la stampa. Cuando un novelista del pasado siglo se dedicaba, en una narración naturalista, a caracterizar los ademanes y actitudes de sus personajes, lo hacía movido estrictamente por un deseo de verosimilitud. En cambio Miró y los modernistas se com-

